

VILNA, CAPITAL DE PROVINCIA

CARTA A TOMAS VENCLOVA

Traducción de FABIO MORÁBITO

En 1977, en Venecia, en un hotelucho muy cerca de la plaza de San Marcos, el poeta lituano Tomas Venclova, recién emigrado de la Unión Soviética, le escribió a Czeslaw Milosz una larga carta que le dictó su nostalgia por Vilna, su ciudad natal; se titulaba "Vilna, capital de provincia". Venclova —que hoy reside en los Estados Unidos y es profesor de la Yale University— es el mayor poeta lituano vivo. En los años setenta fue de los miembros más activos de la oposición al régimen soviético y fundó el grupo Helsinki de Vilna. Milosz también había nacido en Lituania (en la región que durante el período de entreguerras pertenecía a Polonia), a la que dedicó unas hermosas páginas de La mente cautiva. Era también, y sigue siendo, un "poeta en exilio" que abandonó Polonia en 1951, "renuente a pagar un precio tan alto por la nueva religión secular y sobre todo por sus métodos".

Lituania es de esas típicas naciones pequeñas y sin suerte eternamente codiciadas por sus potentes vecinos y sacrificadas a los intereses de los "grandes" en los tratados internacionales. Su período de mayor esplendor y paz empezó en 1385, cuando se federó con Polonia bajo una dinastía de reyes cultos y sabios, los Jagellones, para terminar con las reparticiones que hicieron de Polonia tres países: Rusia, Austria y Prusia (en 1772, 1793 y 1795). De 1918 a 1939 sólo una parte del país, cuya capital era Kaunas, permaneció independiente. En 1940, con el acuerdo Ribbentrop - Molotov, la Unión Soviética se agenció tanto la porción independiente como la porción polaca.

Hoy Lituania vuelve a ocupar la atención internacional. Como en los otros países bálticos (Estonia y Letonia), surgió en Lituania un movimiento nacional, el "Sajudis", que en las últimas elecciones obtuvo 34 de los 35 escaños en el parlamento de la URSS. El "Sajudis" reivindica la autonomía económica y política frente a la Unión Soviética, así como el respeto a la lengua, la religión y la cultura lituanas. Pero Lituania, como otros países centroeuropes, es una mezcla de razas y culturas, y su riqueza, como señala Milosz en su respuesta a Venclova, es la de representar el cruce de experiencias distintas, tierra limítrofe donde se encontraron, y chocaron, autóctonos, polacos, rusos, judíos y alemanes. Por ello, además de la política del divide et impera del gobierno soviético, las justas reivindicaciones de los lituanos han chocado con las preocupaciones de los polacos y los rusos que llevan varias décadas residiendo en ese país. Las primeras señales de un posible conflicto son las manifestaciones de polacos y rusos (¡por primera vez unidos!) contra el "nacionalismo lituano".

QUERIDO TOMAS: Dos poetas, uno lituano, el otro polaco, han crecido juntos en la misma ciudad. Tal vez sea una razón suficiente para que se pongan a hablar de su ciudad y lo hagan incluso públicamente. Para ser exactos, la ciudad que yo conocí pertenecía a Polonia, se llamaba Wilno, a la polaca, en las escuelas y en la universidad se hablaba polaco. Tu ciudad en cambio era la capital de la República socialista soviética de Lituania, se llamaba Vilnius y tú mismo frecuentaste la escuela y la universidad en otra época, después de la segunda guerra mundial. Con todo, se trata de la misma ciudad: su arquitectura, el paisaje de sus alrededores, su cielo nos han formado a los dos. No se pueden excluir a priori ciertos influjos, por así decirlo, telúricos. Además de esto, tengo la impresión de que las ciudades poseen un alma y un aura particulares, y a veces, paseando por las calles de Vilna, me parecía advertir esa aura casi de un modo sensual.

LA POSIBILIDAD DE SER NORMAL

Hace poco un amigo me preguntó por qué recuerdo tan frecuentemente a Vilna y Lituania, como se nota por mis versos y mis escritos en prosa. Le contesté que no creo que se trate de un sentimentalismo de emigrado, visto y considerado que no tengo intención de volver. Hay por supuesto la búsqueda de una realidad que quedó sepultada con el pasar del tiempo, como en Proust, pero existe también otra explicación. En Vilna transcurrió mi adolescencia, cuando creía que la vida me reservaba un destino normal. Sólo más tarde mi vida empezó a convulsionarse, por lo que Vilna quedó para mí como un punto de referencia de la posibilidad de ser normales. También ahí, la verdad sea dicha, al leer a los románticos polacos, tenía ya el oscuro presentimiento de que mi suerte futura no sería del todo normal, si bien la fantasía más disparatada no podría anticipar los rasgos de mi porvenir individual ni el de la historia.

Quisiera referirme aquí a un personaje que no tiene nada que ver con Vilna y que sin embargo es importante para todos los europeos "de allá", es decir los europeos que son originarios de aquella frontera de lenguas, de religiones y de culturas. Stanislaw Vincenz era de los Cárpatos, de la región de Czarnohory, adonde su familia había emigrado desde Provenza en el siglo XVII. En 1951, cuando mi Vilna ya no existía, lo conocí en Francia, cerca de Grenoble (como emigrado que era, lo atraían las montañas, que de algún modo clausuraban el círculo de los peregrinajes de la familia Vincenz).

Yo era sensible a sus enseñanzas. En efecto, e independientemente de sus obras, Vincenz era un sabio errante, un parlan-chín, un maestro y casi un *zaddik* [en la tradición jasídica, curandero del cuerpo y del alma] para hombres de varias nacionalidades. Se oponía al siglo xx, aunque, y justamente por ello, se había titulado en Viena, antes de la primera guerra mundial, con una tesis sobre la filosofía de Hegel. Para Vincenz, lo más importante era lo que Simone Weil llama *enracinement*, que es imposible si no se tiene una patria. Pero la patria - estado era demasiado grande y cuando Vincenz soñaba con una "Europa de patrias", se refería a pequeñas unidades territoriales como su adorada provincia de Hucul, donde vivían ucranianos, judíos y polacos, y que era conocida, por otra parte, porque ahí vivió Baalshemtov, el creador del jasidismo. En la época de nuestras primeras conversaciones yo estaba muy deprimido y Vincenz me ayudó a reencontrar el sentido de la palabra "patria". Sin esos encuentros no creo que hubiera podido escribir unos años después, como una autoterapia, *El valle de Issa*. Y del mismo modo en que Vincenz quedó toda su vida arraigado a sus Cárpatos, yo, al menos en mi fantasía, permanecí fiel a mi Lituania. Pero vuelvo a nuestra concreta ciudad. Tal vez logremos encontrar un algo de continuidad no obstante las transformaciones. Ocupémonos de la universidad, en la que ambos estudiamos y de la que se festeja ahora su cuarto centenario. Es también un buen pretexto para confrontar sin prejuicios ni rodeos diplomáticos nuestras opiniones sobre las relaciones polaco - lituanas.

UNA VOCACIÓN MASÓNICA

Vilna no puede ser borrada de la historia de la cultura polaca. Ahí están Mickiewicz, los Filomatos [organización secreta estudiantil], Slowacki, Pilduski. He meditado varias veces sobre la semejanza entre la Vilna de mi juventud y la Vilna de un siglo atrás, que poseía gracias a Alejandro I la mejor universidad del Imperio zarista. En ese entonces la ciudad era un centro de la masonería: la disolución de los Filomatos casi coincide temporalmente con el ataque contra la masonería que llevó a cabo Alejandro en todo el Imperio. Los Filomatos tenían sus conexiones masónicas a través de Kontrym, el bibliotecario de la universidad. Estaba al tanto de la existencia en Vilna de logias masónicas; la organización secreta "Pet", en la que fui admitido en la época de la preparatoria, tenía a su vez otras conexiones, siendo políticamente hostil a la *endecja* [facción de extrema derecha nacionalista polaca]. Sin embargo, cuando no hace mucho tiempo encontré a un ex profesor mío, uno de nuestros más jóvenes profesores de derecho, Stanislaw Swianiewics, me contó que había muchas logias masónicas y que casi todos los profesores pertenecían a alguna. El carácter masónico de Vilna que emerge de sus palabras (y se trata de alguien absolutamente digno de crédito) me sorprendió mucho. No sé si esto constituye una constante vocación de Vilna. Como sea, desde la secundaria yo me había topado con algo parecido a una "logia" (uso este término no en su sentido literal sino para indicar una élite conspiradora en la cual hay que ser admitidos). Y tal élite estaba enconadamente en contra de los "conservadores", es decir esa mezcla formada por nacionalismo polaco, Sienkiewics, corporaciones estudiantiles, etc. Otra logia de este tipo era el Club universitario de los Wloczgie, en el que ingresé en seguida de inscribirme en la universidad, y algo

más tarde, mientras cobraba fuerza la importante, aunque breve, oleada de izquierda de principios de los treinta, el K.I. o Club de los Intelectuales, una especie de célula que coordinaba y planificaba las empresas, al mismo tiempo que dirigía los debates en los locales de la Unión de los juristas, es decir de los estudiantes de leyes. En estas "logias" descubrió una infancia romántica: el sueño de salvar a la humanidad "desde arriba", por obra de aquellos que "sabían más".

¿Y la derecha, los que sostenían la consigna "Dios y Patria", de la "polonidad al cien por ciento"? Así era la mayoría de los que hablaban polaco. Desde el punto de vista lingüístico, la Vilna de la época de los Filomatos debía de ser más polaca que la mía; no sé si el campo de los alrededores era en ese tiempo predominantemente polaco, como en mi época, o bielorruso.

Tal vez la lengua lituana (que en esas localidades, como se sabe, fue gradualmente suplantada por el bielorruso) cohesionaba más a Vilna. El siglo diecinueve ha dejado su marca en la ciudad; por eso pienso que la Vilna más antigua era tal vez más polaca. En efecto, casi la mitad de la población de mi Vilna estaba compuesta por judíos, que en gran parte habían adoptado el ruso o gravitaban en la órbita de esa lengua. De ahí que, junto con las preparatorias polacas, estaban las rusas. Si no me equivoco, había también una preparatoria judía y algunas escuelas en yiddish (como ciertamente sabes, había también una preparatoria lituana, cuyo nombre era *Witold el Grande*, y una bielorrusa). La *intelligentsia* judía ligada a la cultura rusa mandaba a sus hijos a las escuelas rusas: en realidad, en Vilna los rusos eran escasos, los que habían quedado desde la época del zar y otros que formaban un pequeño grupo de emigrados. Había también otros elementos rusos, por ejemplo esa fea arquitectura, típica de las guarniciones militares, que tanto contrastaba con la vieja Vilna de callecitas angostas. La avenida principal, durante un tiempo, llevaba el nombre Swietojerski Prospekt, y todavía cuando iba a la escuela todo mundo la llamaba "Jerek". "Jerek" era el paseo, el lugar donde se encontraban los oficiales y los estudiantes. Más tarde nos fuimos acostumbrando al nuevo nombre de la calle: calle Mickiewicz.

NI PROVINCIA, NI CAPITAL

Por todo ello, si se comparaba Vilna con las otras ciudades, saltaba a la vista su especificidad. El salmista define a Jerusalem como una ciudad "compacta en sí misma" y, dentro de ciertos límites, esta definición puede aplicarse también a Vilna, en oposición a las ciudades que más bien tienden a extenderse. Por su carácter compacto, Vilna se parecía a Cracovia, aunque el fundamento de ambas ciudades es distinto: Vilna, en efecto, no posee una plaza del mercado como centro de la ciudad. Mis recuerdos de infancia de Dorpart, o sea Tartu, son muy brumosos y por ello quizá me equivoque al afirmar que hay algo en común entre ella y Vilna. En Praga me sentí mucho más conectado con Vilna que en Varsovia. Por lo demás, Vilna fue destruida tantas veces por incendios que quizá su misma posición en el cruce de dos ríos y entre colinas haya contribuido a su naturaleza compacta.

Sentía yo de un modo bastante intenso el hecho de que Vilna fuera una provincia y no la capital. Y aun en el caso de que todas aquellas tierras, étnicamente lituanas y bielorrusas, se hubiesen polonizado, Vilna no habría dejado de ser una

provincia. Tomemos a Francia. Las regiones situadas al sur del Loira hablaban la *langue d'Occ*, pero desde la conquista en el siglo XIII, con el pretexto de la cruzada contra los Albigenses, se hicieron francesas poco a poco. Todavía en el siglo XIX, en todas las zonas rurales de esa región, se hablaba *patois*, o sea la *langue d'Occ*, pero cuando hace algunos años estuve en el departamento de Lot, me enteré de que en las aldeas sólo las personas mayores de cuarenta años conocen esa lengua. Era la lengua del *maquis* durante la guerra, una lengua muy útil, puesto que la gente de ciudad, es decir los franceses, no la entendía. Para decirlo brutalmente: si Polonia no hubiese perdido su contienda histórica, habría polonizado todas las tierras hasta el Dniepr, así como Francia extendió su idioma hasta el Mediterráneo (¿cómo olvidar que Dante, durante un tiempo, había pensado escribir la *Divina Comedia* en la lengua de los poetas, es decir en *langue d'Occ*?) Y Vilna se habría convertido en una ciudad de provincia como Carcassonne. Pero no abusemos de los "sí" al hablar de historia. En el siglo XX el programa de los nacionalistas polacos con respecto a las tierras étnicamente no polacas era estúpido, dado que Vilna o Leopoli no debían de ser meros enclaves. Creo que hoy a los jóvenes les resulte bastante difícil comprender este carácter de enclave de la Vilna prebélica: no era Polonia y tampoco no - Polonia, no era Lituania y tampoco no - Lituania, no era provincia, no era capital, si bien era sobre todo provincia. Y como es natural, Vilna, tal como lo compruebo a la distancia, era excéntrica en su dimensión de ciudad constituida por zonas mixtas que se cruzaban entre sí, como Trieste o Czerniowce.

Crecer ahí no era lo mismo que crecer en un territorio étnicamente homogéneo. La misma lengua se percibía de un modo diferente. No había un dialecto popular, campesino o urbano, de raíces genuinamente polacas; había una lengua "local", divertida, quizá más próxima al espíritu bielorruso que al espíritu polaco, si bien, a decir verdad, conservaba muchas expresiones polacas propias de los siglos XVI y XVII y que ya habían desaparecido en Polonia. Las fronteras entre la lengua "local" y la de la nobleza (esa misma lengua que Mickiewicz percibía en su infancia y más tarde en París con un oído interior) eran desde luego muy elásticas, al igual que las que había entre la lengua de la nobleza pobre y la de la corte y aun la de la *intelligentsia* que provenía de la corte. Pero todo esto era sustancialmente extraño a los dialectos campesinos polacos. El proletariado de Vilna hablaba un idioma "local" que no tenía relación con la lengua popular de Varsovia, donde acaso se había conservado algún substrato campesino.

Para mí, por ejemplo, un poeta como Miron Białoszewski es exótico, no comparto sus raíces lingüísticas. Me atrevo a decir que nuestra lengua era más sensible a la corrección y a la claridad rítmica, de ahí la sensación de que el límpido polaco de los poetas del siglo XVIII, como Krasicki o Trembecki, nos "perteneza". Por lo que me atañe directamente, creo que en mi lengua desempeñó cierto papel la resistencia a la tentación de los idiomas eslavos del Este, sobre todo el ruso, y en cuanto a la modulación rítmica, se nota la búsqueda de un registro desde el cual poder contribuir con elementos de esas otras lenguas. No sé en qué medida la resistencia frente al ruso haya influido en tu lituano, pero sé que tanto para mí como para cualquiera que tenga un oído sensible al ruso, ceder al fuerte *beat* del yambo ruso es algo dañino: la orientación principal del polaco no va en esa dirección.

"LITUANIA, PATRIA MÍA"

El provincianismo de Vilna. Lo padecí mucho y deseaba alejarme de ella, conocer el mundo. Es inútil crear el mito de la ciudad adorada y perdida, cuando en realidad no la soportaba mucho. Cuando el entonces prefecto, Bocianski, pidió a la Radio polaca de Vilna que me despidieran, por juzgarme políticamente sospechoso, acepté con alivio tener que marcharme a Varsovia como única vía de salida. Porque Vilna era sofocante: el público era increíblemente reducido, tomando en cuenta a los judíos que hablaban y leían el ruso o el yiddish, así como el pueblo "local" que no leía nada. ¿Qué era lo que quedaba? Unos cuantos intelectuales provenientes de la pequeña nobleza, por lo general bastante obtusos. Y con esto se conecta la cuestión de la nacionalidad. Si nos hubiéramos considerado lituanos, Vilna habría sido nuestra capital y nuestro centro. Problema *asaz* difícil, como bien sabes. Hubiera sido lógico resolverlo a la manera finlandesa. No conozco detalladamente estas cuestiones, no sé qué solución hayan adoptado los finlandeses de lengua materna sueca, pero quizá su centro fuera Helsinki y no Estocolmo. En lo esencial debiéramos habernos considerado como lituanos de lengua materna polaca y seguir fieles, dentro de las nuevas condiciones, al espíritu de Mickiewicz de "Lituania, patria mía", lo que habría significado crear una literatura lituana en lengua polaca paralela a la literatura lituana en lengua lituana. Pero nadie deseaba eso: no lo querían los lituanos, que se encerraban como erizos frente a la cultura polaca por miedo a perder su identidad nacional; no lo quería ninguno de los que hablaban polaco, quienes se consideraban sencillamente polacos y menospreciaban a los *kłausiuki*, a esa nación de campesinos. Las personas que pensaban de otra manera eran muy pocas, si bien muy interesantes, válidas y enérgicas. En mi Vilna estaban los llamados *krajowcy*, quienes querían volver a la tradición del Granducado. Estos círculos se mezclaban de una u otra manera con la masonería de la ciudad. Habría que escribir la historia de esta peculiar ideología, pero si digo que era interesante, lo digo ahora *ex post*, pues entonces, siendo un joven lleno de veleidades de vanguardia, interesado en la poesía contemporánea y en el movimiento intelectual francés, etc., no le prestaba atención. Por lo demás, desde esa época se trataba de un movimiento vencido, que hacía oír sus últimos estertores. En el frente lituano no podía gozar de la menor sombra de simpatía, puesto que se presentaba como un seguimiento de la "idea jagelónica". Y sin duda, más allá de la referencia sentimental al Granducado, en muchos pequeños nobles de alcuria se ocultaba el sueño de dominación. Con todo, Ludwik Abramowicz y otro par de *krajowcy* eran individuos honestos y sinceros en su resistencia frente al nacionalismo polaco. Se trataba de los herederos de una vasta corriente de pensamiento, parecían hombres educados en la antigua República dieciochesca. No creo que de parte lituana existiera algo parecido: tal vez ahí todo se reducía a un neonacionalismo, forzosamente convulsionado. De todas maneras, los *krajowcy*, únicos habitantes de Vilna que hablaban polaco, consideraban su ciudad como la *capital*, no como una provincia. Y ahora pienso que todo aquel que desee lo mejor para esa ciudad, desea que sea la capital, lo que automáticamente echa por los suelos cualquier pretensión polaca hacia una "Vilna polaca".

LA TRAICIÓN NACIONAL

He de tocar aquí el problema de la traición nacional. Bien sabes que ahí donde los sentimientos se hallan exasperados es fácil caer en una acusación semejante y de seguro lo habrás experimentado personalmente. La idea de los *krajowcy* era vista como una "traición" por ambas partes, tanto por el lado del nacionalismo polaco como por el lado lituano. Todo esto vino a mi mente cuando en 1967 fui invitado a la *Rencontre mondiale de poésie* que tuvo lugar en Montreal junto con Adam Wazyć y nos topamos con el mundo intelectual del Quebec y con su fanatismo francés. Lo mismo me ocurrió años más tarde en un encuentro de poesía en Rotterdam, donde conocí a muchos belgas de lengua flamenca. Preferían, en lugar del francés, hablar inglés, que por lo demás hablaban mejor. Antes de la guerra, durante el año que viví en París, oían un poco a "traición" mis visitas a Oskar Miłosz, en la Legación lituana. Él, en efecto, para los polacos era un "traidor" y pude observar cómo se propaga una hostilidad de este tipo, absolutamente sin palabras, como si fuera corriente eléctrica. La colectividad, a este respecto, posee unos modos secretos de entendimiento. Pero las cartas de Oskar Miłosz a Christian Gauss, que encontré en la biblioteca de la universidad de Princeton y publiqué en un librito en París, contestan a la pregunta de cómo y por qué se declaró lituano. Cuando lo hizo —en 1918— no sabía nada del movimiento nacional lituano, simplemente se encolorizó cuando supo que los polacos no querían reconocer la independencia de Lituania (se trataba sin duda de esos polacos nacionalistas cercanos a Dmowski, que obraban diplomáticamente durante la Conferencia de paz). Posteriormente se comprometió en campo internacional a favor de la causa lituana. Actualmente nos parece claro que su posición con respecto a la cuestión de Vilna era justa. Sin embargo los lituanos, aunque lo respetaran, no le tenían mucha confianza, puesto que su lengua no era la lituana sino la polaca. A decir verdad, lo era también la francesa, lo que le permitió escoger. Si yo me declarara lituano, ¿qué clase de lituano sería desde el momento que escribo en polaco? Esta desconfianza fue la causa de que renunciara voluntariamente a la carrera diplomática: se conformó con el modesto puesto de consejero de la Legación, cuando le habían propuesto que se encargara del Ministerio de Relaciones Exteriores. Y, por otra parte, observa el rencor de los polacos. Recientemente, cuando en Polonia Artur Miedzyrzecchi trajo la novela de Oskar Miłosz *L'amoureuse initiation* y se empezó a escribir sobre las obras de Oskar, el "Tygodnik Powszechny" publicó una carta enviada a la redacción cuyo autor recordaba que Oskar Miłosz no tenía nada que ver con la polonidad, ya que había renunciado a ella.

De vez en cuando, en la prensa lituana de la emigración, han aparecido ataques a mi persona, puesto que, aun siendo pariente de Oskar, soy polaco y no lituano. En cambio no pocas veces, entre polacos, me he topado con sus sospechas acerca de mi polonidad. Y he de reconocer que no están del todo equivocados, pese a que, de niño, en Rusia, recitaba yo: "¿Quién eres? Un pequeño polaco. ¿Cuál es tu símbolo? Un águila blanca". En Rusia, y en general entre los rusos, siempre me he sentido polaco cien por ciento, y nunca ha sido un artificio. En cambio me iba de muy otra manera cuando me topaba con mi etnia original, con los polacos "del Reino". Mis relaciones con Polonia eran difíciles, igual o más que

las de Gombrowics, y sería erróneo ver en ello una forma de atracción hacia Lituania, también porque mi destino individual optó por un rechazo a la plena adhesión a cualquier comunidad humana, algo que a mí me parece una joroba, una mutilación. Pero hay que ver en todo esto un conflicto con la *intelligentsia* polaca prebélica, puesto que mi mentalidad era mucho más internacional y cosmopolita.

Ahora resulta bastante difícil repetir algo semejante. Ya desde los años escolares actuaron en mí varias influencias, como la lectura de revistas literarias, que no eran propiamente revistas de la *intelligentsia* polaca, sino solamente de la polaco-judía: me refiero a revistas que se publicaban en Varsovia, como "Wiadomosci Literackie". De ahí mi precoz vuelta contra Sienkiewicz y contra el alma polaca como *anima naturaliter endeciana*. Después, en los años universitarios, recibí la influencia de Oskar Miłosz, en cuyos textos políticos, recogidos en volumen después de su muerte, puedes encontrar un balance muy sobrio de la situación: en 1927 escribía que Polonia tenía la obligación de reunir, por medio de estrechas alianzas, los estados bálticos, Finlandia y Checoslovaquia, a fin de crear un contrapeso frente a las presiones alemanas, pero que eso sólo sería posible si renunciaba a su *messianisme national outreucundant et cbimérique*, algo que no era capaz de hacer, de manera que en un lapso de diez años se vería arrollada por el catastrófe.

EL AMIGO LITUANO

Tengo que hablar todavía de una influencia y se trata de una larga historia. No eres mi primer amigo lituano. Ya en la universidad tenía un amigo lituano que influía fuertemente en mí, aunque no de Vilna, sino originario de aquella que entonces se denominaba la "Lituania de Kovno". ¿Cómo había llegado hasta nosotros? En esa época, como ya sabes, cuando yo me encontraba en la universidad entre 1929 y 1934, entre Polonia y Lituania no existían relaciones diplomáticas, es más, los dos estados se zaherían mutuamente; Polonia mantenía económicamente a la colonia polaca de Lituania, Lituania hacía lo mismo con su colonia lituana de la región de Vilna. Lo conocí en 1929, en un seminario sobre filosofía del derecho que impartía la profesora Ejnirkowna: de repente tomó la palabra un muchacho con lentes de cuerno y una masa de pelo que parecía de estopa, quien trataba de hablar polaco pero que en realidad usaba el ruso con corrupciones alemanas. Se llamaba Pranas Ancevicus, es decir Franciszek Ancewicz. He aquí su historia, muy triste. Provenía de una familia pobre de campesinos, había conseguido entrar en la preparatoria, se había enamorado de la literatura revolucionaria rusa (Gorki, etc.) y él mismo se había vuelto un revolucionario. En 1926 había participado en el fallido *putsch* socialista de Pleckjtis y tuvo que abandonar Lituania. Había huido a Viena, en donde había vivido en un conjunto habitacional obrero de nombre Karl Marx, recibiendo la ayuda de los socialistas. Pranas o Draugas, como yo lo llamaba, hubiera sido toda su vida un socialista radical en el estilo del marxismo vienés, y ahí está su tragedia. Indudablemente era un hombre sediento de militancia política y condenado al destino del emigrado. En Vilna, entre los lituanos locales, estaba "quemado", ya que ellos apoyaban al gobierno de Kovno y él consideraba ese gobierno como criminal político. Por lo demás, los comunistas lituanos lo odiaban particularmente, pues se sentían

terriblemente ofendidos por sus profundos conocimientos de los problemas de la Unión Soviética y por su manera de expresar sus opiniones sin medias tintas, por lo que acabaron usando en su contra su acostumbrado sistema de difamación, acusándolo de "agente provocador polaco" y cosas por el estilo. Hicieron correr el rumor de que se trataba de un vendido, pagado por alguien, pues de lo contrario ¿de qué manera lograba pagarse los estudios? Pero yo vivía en la Casa del Estudiante, en Bouffalowa Gora, en el mismo piso que Draugas y sabía que sus escasos recursos económicos (sin contar lo insólitamente barata que era Vilna) provenían de los Estados Unidos, de la prensa lituana, anticlerical y de izquierda, para la cual escribía corresponsalías (era un ateo irreducible). Cuando el envío de dinero tardaba, Draugas vivía endeudándose. Fui también testigo de sus largas y profundas depresiones, pues sus grandes dotes iban acompañadas de cierta neurosis. Mis conversaciones con Pranas (observa que tuvieron lugar en mis años de formación) explican por qué, cuando me trasladé a Varsovia, sabía más cosas sobre el comunismo que todos mis colegas literatos juntos, pues Pranas estaba enteradísimo de lo que ocurría allende la frontera oriental. Y desde luego, por obra de su influencia, mi perspectiva de Polonia y de la polonidad, por su naturaleza ligada a la *endecja* y por su carácter parroquial, se tornó muy diferente.

No quisiera exagerar mi conciencia política. No tomaba ninguna decisión ni emprendía ninguna actividad política, cosa que me reprochaba a mí mismo, pero nunca he logrado superar mi individualismo y someterme a una organización disciplinada. Pranas era presidente de la Unión de la juventud socialista independiente (ZNMS) en la universidad, y sin embargo yo no me inscribí en esa organización: una cosa era su amistad, otra su fe revolucionaria.

Pranas se tituló en derecho y empezó a dar clases en el Instituto de investigación sobre Europa Oriental. Esta es una buena oportunidad para enfrentarse a problemas que siguen siendo enigmáticos, es decir a la incoherencia de la política polaca respecto a los lituanos, bielorrusos y ucranianos. La cosa es que, como en los estados Unidos, chocaban en Polonia diferentes fuerzas, si bien en los treinta la derecha se iba potenciando día a día con su programa de "polonización" con medios policíacos, incluida la bárbara pacificación del campo ucraniano. En Vilna, se encargaba de oprimir a los lituanos el prefecto Bocianski, después de la muerte de Pilsudski. Al mismo tiempo había surgido el Instituto de investigación sobre Europa Oriental, fundado por fuerzas completamente distintas, a decir verdad ya suplantadas por el creciente nacionalismo de inspiración fascista. Estas fuerzas podían definirse como liberales, con algunas conexiones con la masonería y fieles a los sueños federalistas de Pilsudski. No eran necesariamente socialistas o masones: por ejemplo Swanievicz trabajaba en el Instituto, al igual que otros profesores de la universidad Stefan Batory, y durante toda su vida fue un ferviente católico. En cierto momento la administración provincial comenzó con la deportación de algunos lituanos, simple y sencillamente expulsándolos hasta la frontera lituana: querían deportar también a Pranas, que en Kovno hubiera acabado seguramente en la cárcel. Y fueron precisamente los del Instituto quienes lo defendieron. La idea constitutiva del Instituto era excepcional: no importaba dónde, pero en Polonia había que estudiar a los vecinos, por lo menos tenían que hacerlo quienes querían ingresar en la administración estatal o en la diplo-

macia. En el Instituto se enseñaba eso que hoy se llama soviología muchos años antes de que cobrara impulso en los Estados Unidos: se estudiaban pues la economía, la geografía y los problemas institucionales de la Unión Soviética. Pero también se enseñaban la historia y las lenguas de nuestra región: el lituano, el letón, el estonio, el bielorruso. Es significativo el hecho de que cuando algunos ex miembros de nuestro grupo "Zagary", Henryk Dembinski y Stefan Jedrychowski, fueron denunciados en Vilna como comunistas y aparecieron más tarde en un proceso como acusados, esto no impidió que el Instituto los contratara. Era secretario del Instituto un colega mío, el poeta Teodor Bujnicki. Para dar clases viajaba desde Varsovia Stanislaw Baczynski (padre del futuro poeta Krystof Baczynski), hombre muy de izquierda, típico de una cierta mentalidad: pilsudskista, legionario, había participado en la insurrección polaca en Slesia y provenía de esa *intelligentsia* polaca que había combatido por una Polonia independiente en nombre de sus ideas radicales. Me parece que Pranas Ancevicus y Baczynski se gustaron recíprocamente: fue este último quien invitó a Pranas a Varsovia, lejos de las persecuciones de la administración local, y también lo ayudó a encontrar trabajo, no recuerdo si en algún instituto de investigación o alguna biblioteca. Pero esto ocurrió antes del estallido de la guerra.

EN EL SIGLO XIX, SALVO EL CINE

En los años universitarios, Vilna era para mí los alrededores de la plaza de la Catedral. A un lado el edificio de la universidad, del otro lado el café sobre la calle Rudnicki, donde hace esquina con la calle Mickiewicz, e inmediatamente a un costado el Instituto de investigación sobre Europa Oriental. En nuestra universidad la continuidad era más fuerte que en otras, excepto la Jagellonski de Cracovia. Y esto debido a que su período de cerrazón después de la insurrección de 1831 se había en cierto modo reducido, se había borrado del recuerdo, y se vivía en el aura de los Filomatos. Crecer en Vilna significaba pertenecer sólo en parte al siglo XX, quizá principalmente a través del cine. Hoy, a veces, se me confunde el Club universitario de los Wlozecie, y sobre todo los Wlozecie ancianos, con la Sociedad de los Szubraczy, compuesta por profesores de la joven universidad Mickiewicz. Incluso creo que en mis años escolares seguía operando la logia "El ferviente lituano". En comparación, Varsovia era una ciudad fea, minada por la miseria de sus barrios céntricos y algunos periféricos, judía en sus casas y en sus pequeñas tiendas, o polaca, proletaria, y no podía compararse con las ciudades civilizadas, como la estúpida Praga. Con todo, Varsovia pertenecía ya al siglo veinte. Los que llegaban de Varsovia, como K.I. Galczyński, veían a Vilna como una ciudad absolutamente exótica. En cambio, a mí, Varsovia me aterraba. Durante mis estudios de derecho frecuenté por un año la universidad de Varsovia, y fue una fea experiencia. Salí reprobado en los exámenes (por profesores que no merecían ni siquiera atarles los zapatos a los de Vilna) y volví a casa.

Todavía hoy no sabría decir por qué desperdiqué tantos años estudiando leyes. Sucedió así: me inscribí en letras, de la que huí a las dos semanas, y desde el momento en que me inscribí en leyes, una estúpida obstinación (¿lituana?), la vergüenza de abandonar algo ya empezado me obligaron a persistir hasta conseguir el título. Leyes era una carrera algo genérica, como

hoy en los Estados Unidos sociología o antropología, y la estudiaban los que no sabían muy bien qué camino tomar. Letras, en cambio, exigía que uno se dijera a sí mismo: está bien, seré profesor de secundaria. Cuando se es joven, se tienen sueños grandiosos e indefinidos, es difícil ser sobrios y escoger la modesta profesión de maestro. Si hoy tuviera que escoger, con mi saber actual, no escogería letras ni filosofía (también tomé seminarios y clases de filosofía), sino la llamada filología clásica y también estudiaría hebreo y filología bíblica. Pero en ese entonces latín y griego querían decir un programa concebido tradicionalmente, con puros poetas de la antigüedad; las tragedias griegas que leía en las traducciones profesoras me aburrían mortalmente, de Virgilio ya estaba harto desde la escuela, en fin, toda la filología me provocaba un tedio infinito. Hoy el latín y el griego, que empecé a estudiar a los setenta años, representan para mí algo diferente: el acceso al mundo del helenismo y de los comienzos del cristianismo. Si en ese entonces hubiera encontrado a algún sabio capaz de orientarme, tal vez habría superado el aburrimiento. Había un profesor de griego que era un verdadero fenómeno, Stefan Srebrny: debería haber estudiado con él. Y si también hubiera estudiado hebreo, sería uno de los pocos literatos con una buena formación. Con todo, la carrera de leyes en Vilna era mejor que en otras universidades polacas, lo que significa que en cada año de los cuatro que conformaban la carrera había al menos un curso interesante. Entre éstos incluiría: teoría del derecho (profesora Ejnukowna), historia constitucional del Granducado de Lituania (Iwo Jaworski), derecho penal (Bronislaw Wroblewski, quien en realidad, bajo ese título, impartía un curso de antropología), historia de la filosofía del derecho (Wiktor Sukiennicki). Así que puedo decir que en Vilna, tanto en la preparatoria como en la universidad recibí una buena educación, aunque podría haber sido mejor. Toma en cuenta que después de 1918 tuvieron que improvisar un sistema escolar, por lo que no faltaban personajes que nada tenían que hacer en una universidad. Y con todo, en Vilna no había ningún profesor falto de seriedad como el famoso Jarra de Varsovia, que exigía para el examen que se aprendiera de memoria todo su manual de teoría del derecho y reprobaba al que respondiera con "sus palabras", si bien su manual era un largo tartamudeo.

LA VILNA JUDÍA

Hay que subrayar algo cuando se habla de Vilna: era en gran parte una ciudad judía. Y de un modo muy diferente que Varsovia. El barrio judío de Vilna era un laberinto de callejuelas estrechas absolutamente medievales, las casas unidas por arcaadas, el arroyo surcado por rieles con un ancho de dos, tal vez tres metros. En cambio en Varsovia las calles bordeaban horribles edificios de departamentos de alquiler del siglo diecinueve. La miseria judía en Vilna no saltaba tanto a la vista, lo que no quiere decir que no existiera. Pero la diferencia estaba en otra cosa. Vilna, con sus tradiciones, era un importante centro cultural judío. Quiero hacer notar que justo ahí, antes de la Gran Guerra, en la base obrera judía, entre los que hablaban yiddish, nació el Bund. Su jefe, Alter y Erlich, fueron fusilados por Stalin. Vilna tenía un Instituto histórico del judaísmo, que después se trasladó a Nueva York. Creo que Vilna ha contribuido notablemente al renacimiento del estado judío en Israel. Habiendo vivido en esa ciudad, debería estar más

enterado de todo esto, pero las costumbres me lo impidieron. La Vilna judía y la no judía vivían separadas. Aun al hablar y al escribir usaban una lengua distinta. Cuando era estudiante, me atraía el mundo internacional, lo cual era bastante superficial. No sabía nada de la historia de los judíos en Polonia y en Lituania, de su pensamiento religioso, del misticismo judío, de la Cábala. Sólo mucho tiempo después, en Estados Unidos, estudié estas cosas. Todo esto ilustra qué tan separadas estaban las dos comunidades: ¿qué decir de las otras ciudades de la Polonia prebélica, si yo, viviendo en Vilna, permanecí en la ignorancia? Nadie, que yo sepa, se atrevió alguna vez en Polonia a proponer que el hebreo se enseñara en las escuelas como lengua "clásica", o que se estudiara la historia intelectual de los judíos polacos o que se leyera y comentara el Antiguo Testamento: lo habrían encarcelado. Y si el odio que mostraban los judíos hacia los polacos, el cual contrastaba con su extraño respeto por los alemanes y los rusos, me hiera y me entristece, tengo que reconocer sin embargo que el antisemitismo mezquino, en inglés habría que decir *petty*, en francés *mesquin*, puede herir como un arma, siendo algo cotidiano.

Espero que en esta carta mía encuentres materia de reflexión. Tanto tú como yo deseamos que las relaciones polaco-lituanas se establezcan sobre bases distintas que en el pasado. Nuestras dos naciones tienen en su haber terribles experiencias, han sido subyugadas, humilladas y ultrajadas. Las nuevas generaciones tienen que dialogar de una manera diferente a la de los años previos a la guerra. Pero no debemos olvidar la fuerza de inercia y el hecho de que, en el vacío ideológico que se ha producido, el nacionalismo, tanto en Polonia como en Lituania, pisará caminos ya conocidos, puesto que en la historia de cada país existen modelos que se repiten, *patterns*. A fines del siglo XVIII maduró en Polonia una ruptura entre campo de las Reformas y campo sarmático [el sarmatismo afirmaba que sólo la nobleza representaba a la nación polaca] y esta ruptura se ha mantenido, con mayores o menores cambios, hasta la actualidad, si bien no de una manera muy clara, lo que impide caracterizarla con precisión. Tal vez el libro de Adam Michnik, *La Iglesia y la izquierda en Polonia*, ponga fin a esta ruptura. En efecto, en nuestro siglo, la mentalidad sarmática, que originó el nacionalismo contemporáneo, encontró su refugio en la iglesia. Se perfila ahora una nueva alianza, la iglesia concentra en Polonia grandes energías de progreso, y el progreso en este régimen no puede significar otra cosa que una defensa eficaz del hombre. Pero se trata de transformaciones complejas, que no se producen de un día a otro: además no se puede exagerar pronosticando una rápida desaparición de las tomas de posición nacionalistas con sabor prebélico de gran parte del clero.

Los lituanos de los años 1918-1939 no amaban aquello que en Vilna yo sentía como lo más próximo a mí: los *krajowcy*, los sueños federalistas, el regionalismo, los masones-liberales, que en una época habían seguido a Pilsudski. Me parece que preferían a todo esto el *anima naturaliter endeciana*, ya que entonces, al menos, se sabía claramente quién era el enemigo. Tal vez tenían razón, no voy a discutirlo aquí. Sin embargo, justamente esta línea, y no la línea sarmática, es la que actualmente proporciona una esperanza de amistad entre polacos y lituanos.